

Partidos políticos y movimientos sociales. Modalidades y transformación de la acción política durante el siglo XX

ESTEBAN IGLESIAS

<estebantatiglesias@yahoo.com.ar>

Investigador

CONICET-UNR

Argentina

[Resumen] Este trabajo describe las transformaciones que ha experimentado el vínculo entre partidos políticos y movimientos sociales durante el siglo XX, particularmente a partir de la democracia de masas. Esa relación se analiza desde los siguientes ejes: las afinidades identitarias; los mecanismos de participación política; los «arreglos institucionales» existentes y las fuentes de financiamiento. La hipótesis principal plantea que la profunda transformación en la relación entre partidos y movimientos se explica por los cambios producidos en el modo en que la sociedad ha forjado sus identidades políticas, en el papel del Estado en el orden político y en la emergencia de nuevas formas de acción colectiva que se expresaron en formatos partidarios y movimientos sociales novedosos.

[Palabras clave] Democracia, partidos políticos, movimiento obrero, movimientos sociales.

[Title] Political parties and Social Movements. Modalities and transformation of the political action during the 20th century.

[Abstract] This paper describes the transformations experienced by the relationship between political parties and social movements in the twentieth century, particularly from the constitution of mass democracy. This analysis is based on the following areas: identity affinities, the mechanisms of political participation, the existing 'institutional arrangements' and financing sources. The main hypothesis suggests that the profound transformation in the relationship between parties and movements can be explained by changes in the way the society has shaped its political identities, in the state's role in political order and in the emergence of new forms of collective action that were expressed in novel party arrangements and social movements.

[Keyword] Democracy, Political Parties, Labor Movement, Social Movements.

IGLESIAS, Esteban. «Partidos políticos y movimientos sociales. Modalidades y transformación de la acción política durante el siglo XX». En: ELECCIONES, 2012, enero-diciembre, v. 11, n.º 12, pp. 11-34.

[Recibido] 12/04/12 & [Aceptado] 19/09/12

INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo XX, el vínculo entre partidos políticos y movimientos sociales se ha modificado. En efecto, en el período de la democracia de masas, a pesar de las tendencias hacia la constitución oligárquica a las que se encontraban expuestas las organizaciones, existían afinidades entre las diversas expresiones del socialismo en el campo partidario y las organizaciones que representaban los intereses del movimiento obrero. Tales afinidades tenían como punto de confluencia el proyecto político, cuyo propósito era construir una sociedad igualitaria. Además de las afinidades políticas, también, se diseñó un tipo de Estado capitalista que institucionalizó el conflicto político entre los representantes del capital y del trabajo.

Esta situación cambió cuando, a fines de la década de 1960 y comienzos de la siguiente, se modificaron las condiciones políticas, lo que signó el agotamiento de la democracia de masas. Así, se produjeron, ciertamente, transformaciones de envergadura en el plano de la sociedad, en la órbita del Estado, en la representación política y en las formas con las cuales la sociedad peticionaba sus reclamos. En este sentido, hay que destacar la emergencia y consolidación de los «nuevos» movimientos sociales, los que se agregan al repertorio de la acción colectiva, particularmente, en el terreno no-institucional y con modalidades de acción política ciertamente novedosas. Ello plasmó un profundo cambio, desanudando el vínculo entre partidos de masas y movimientos sociales que trabajosamente se había forjado durante la democracia de masas. Ahora, las nuevas relaciones tienen que organizarse sobre la base de las culturas políticas de las partes, dejando de apoyarse en las condiciones estructurales que posibilitaban la democracia de masas.

El propósito de este trabajo radica en describir el conjunto de transformaciones que experimentó el vínculo entre partidos políticos y movimientos sociales durante el siglo XX. La principal hipótesis que orienta esta indagación explica el conjunto de transformaciones por las modificaciones que se observaron en las identidades políticas que forjó la sociedad; en los «arreglos institucionales» plasmados en el reconocimiento del Estado hacia los movimientos sociales;¹ en los tipos de organización partidaria y su papel; y, finalmente, en la emergencia de «nuevos» movimientos sociales.

¹ Cabe destacar que el principal movimiento social del siglo XX fue el movimiento obrero.

1. LA DEMOCRACIA DE MASAS COMO ARQUITECTURA POLÍTICA

La universalización del sufragio a fines de siglo XIX² y comienzos del XX consolidó lo que determinados autores denominan «democracia de masas». La inclusión política de un «gran número» de votantes provocó transformaciones en la estructura política de las sociedades del siglo XX. El ingreso de las «masas»³ en el escenario público fue ciertamente novedoso, sobre todo por el tipo de participación que se asignaba a las mismas en el orden político. Ello implica que si bien las masas han participado en política, suceso atestiguado por las revoluciones que tuvieron lugar en el siglo XVIII, nunca se había consagrado una participación regular y permanente en el escenario político. Y, claro está, este tipo de participación regular de las masas como sujetos políticos ha alterado la noción misma de democracia. Para Weber, «cuando se trata de un gobierno de masas, el concepto de la “democracia” altera de tal forma su sentido sociológico, que sería absurdo buscar la misma realidad bajo aquel mismo nombre común» (WEBER 1992: 704).

Entonces, ¿qué sentido asumió el sufragio universal? Ciertamente, en ese período, no podía ser concebido como un «mero procedimiento». Más bien tenía que ser entendido como el principal mecanismo de racionalización política a partir del cual la ciudadanía resuelve sus principales problemas políticos. La pregunta y preocupación que atendía el sufragio era quién tenía razón y quién era el responsable de la conducción del gobierno, en un período en que la importancia y la adhesión del «gran número» a cualquier organización política y su comportamiento «no racional» (YANNUZZI 2007) se constituyeron en un factor determinante en la conquista del poder político.

La sociedad de masas tiende a plantear la política en términos beligerantes, cuya expresión máxima se observa cuando se produce la contienda electoral. De todas maneras, no hay que perder de vista que la organización política de las masas y la disposición de «militantes» para la disputa por el poder encuentra

² Según Von Beyme (1986), la ola democratizadora se pudo observar en Bélgica en el lapso de 1893-1919, en Dinamarca desde 1918, en Finlandia desde 1906, en Francia desde 1848 —aunque con interrupciones—, en Inglaterra e Italia desde 1918, en Noruega desde 1913, en Suecia desde 1921, entre otros casos.

³ El concepto de «masa» no alude a una clase ni a un sector en particular de la sociedad, así como tampoco hace entrar en juego el nivel de instrucción de los individuos. Más bien, implica un tipo de comportamiento psicológico, motivado por lo afectivo, cuando los individuos ingresan al campo de la política (YANNUZZI 2004). Estas masas, en un contexto de economía de mercado capitalista, experimentaron un proceso de proletarianización.

en el sufragio al principal mecanismo de racionalización de la lucha política. Es preciso destacar que este mecanismo, si bien evita que la disputa entre fracciones dirigentes de organizaciones políticas llegue a una situación de guerra, no impide la emergencia de conflictos políticos de raíz social por fuera de la institucionalidad vigente o externos a la organización de masas.

2. EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN, CONSTITUCIÓN OLIGÁRQUICA Y BUROCRATIZACIÓN

El principio de organización asume una importancia particular en este período. Así, el desarrollo del mismo se verifica en diferentes ámbitos; en el Estado con la implementación de la burocracia y, en la sociedad civil, con la emergencia de organizaciones de masas ya sea mediante partidos políticos u organizaciones sindicales. El papel de la organización es importante porque, por un lado, representa una instancia de regimentación del comportamiento de las masas cuyo rasgo principal se inscribe en un tipo de comportamiento organizado en torno a la presencia de elementos no-rationales (YANNUZZI 2004) y, por el otro, incorpora su voz en el espacio público.

Entonces, la inserción del «gran número» al escenario político mostró la cara democrática del Estado al incorporar una serie de demandas provenientes de la esfera social y que previamente no tenían un carácter legítimo. Esta «relación de interioridad» del Estado con las masas (PORTANTIERO 1983) no solo modificó la estrategia política de los dirigentes de las distintas vertientes de la izquierda, principalmente la socialista, sino que llegó a constituir una burocracia estatal cuyas dimensiones y características eran realmente inéditas. Se trata, como bien desarrolló Weber (1992), de funcionarios profesionales dotados de un saber experto y técnico. Claro está que para Weber esta tendencia a la burocratización que distingue tanto al Estado moderno como a la «empresa capitalista» no debía colonizar el ámbito de la política, reduciéndola así a pura técnica. Para Weber democracia y burocracia constituyen por definición términos opuestos. Sin embargo, en el período de democracia de masas, tanto una como otra se necesitan, siendo el «demagogo» el responsable de la conducción política de la sociedad y al cual la capa de funcionariado profesionalizado y burocrático tiene que responder.

Abordaremos, ahora, en términos teóricos, el modo en que fue planteado el principio de la organización desde el ámbito de la sociedad civil, en particular, en la constitución de partidos políticos modernos y de organizaciones sindicales. En un contexto de democracia de masas, este principio fue analizado desde una doble vía de entrada. En primer lugar, se consideró que sin organización no es posible la democracia en un período de incorporación de las masas. Y, en segundo lugar, se planteó que desde la organización emanan las fuerzas conservadoras que colocan en tela de juicio la democracia. Así, Michels entiende por organización al «[...] único medio para llevar adelante una voluntad colectiva. Por estar basada sobre el principio del menor esfuerzo, es decir, sobre la máxima economía posible de energía, la organización es el arma de los débiles en su lucha contra los más fuertes» (MICHELS 1984: 67). Queda expresado, entonces, que el principio de la organización constituye una necesidad cuyo propósito es el de regimentar el comportamiento político en las sociedades de masas. Así, cabe destacar que, los que más requieren de este principio, eran las masas, las que paralelamente se encuentran en pleno proceso de proletarización.

Michels (1984) será uno de los autores, aunque no el único,⁴ que presentará un estudio sistemático acerca de las tendencias que tiene la organización en este período. Su estudio revela que la democracia, cuyo referente teórico era Rousseau, fue imposible en el estadio de masas; por otra parte, indica que se consolida la tendencia hacia la burocratización en las organizaciones de masas. Para demostrar ello, estudió principalmente la profunda transformación que experimentó el partido socialista alemán,⁵ y, secundariamente, las organizaciones gremiales. En efecto, la importancia del estudio de Michels radicó en que la socialdemocracia alemana se presentaba como la organización política que ostentaba la bandera democrática con el objeto de instalar el socialismo. De esta manera, el autor develaba que al interior del partido predominaban otras tendencias, como la oligárquica, por lo que se podía llegar a generalizaciones tales como que la democracia —soberanía popular— constituía un imposible en este contexto político. Michels planteaba que:

⁴ En este marco de problemas teóricos y políticos se inscriben las teorizaciones de diversos autores, como fueron Mosca (2004), Pareto (1987), Ostrogorsky (1922) y Weber (1992).

⁵ Hay que notar que las menciones a otros partidos políticos como el socialismo francés o el belga no son menores, así como tampoco son escasas las referencias a las organizaciones de extracción sindical.

[...] el estudio de las manifestaciones oligárquicas en la vida partidaria es muy valioso y muy decisivo en los resultados, si lo emprendemos en relación con los partidos revolucionarios, pues estos partidos representan —en lo que a su origen y a su programa se refiere— la negación de tal tendencia, y además han nacido sin oposición. De este modo, la aparición de los fenómenos oligárquicos en el propio seno de los partidos revolucionarios es una prueba terminante de la existencia de tendencias oligárquicas inmanentes en todo tipo de organización humana que persigue fines definidos. (MICHELS 1984: 57)

Desde el inicio se dejaba en claro que las *tendencias* oligárquicas de la organización fueron muy poderosas y que, en este período, encontraron un terreno más que fértil para su desarrollo. Ahora bien, ¿qué factores operaban en el desarrollo de dichas tendencias? ¿Tenían un carácter inevitable e inexorable o se dio algún tipo de participación humana en el desarrollo de las mismas? Es preciso destacar que existe una interpretación de la obra de Michels que plantea el carácter «inexorable» de las tendencias oligárquicas. Sin embargo, entendemos que es preciso matizar esta versión colocando en el análisis la dimensión política de la tendencia hacia la oligarquía que experimentaron las organizaciones de masas. De este modo, Michels habla de tres tipos de factores que activan la tendencia a la oligarquía:

- 1) *Factores relativos al desarrollo social.* En este punto, Michels plantea que el proceso de modernización ha implicado una tendencia a la división social y, al mismo tiempo, a la división del trabajo. Ello, al interior del partido político y de las organizaciones, se expresa en la diferenciación de papeles consagrada en la formación de un órgano ejecutivo y, también, en la constitución de una capa burocrática, integrada por un funcionariado remunerado.⁶
- 2) *Factores mecánicos y técnicos.* Se trata de la imposibilidad técnica del gobierno directo por parte de las masas mediante la modalidad de asamblea. Michels entiende que, en el período de ingresos de las masas a la política, las formas directas de gobierno así como las modalidades participativas fueron re-significadas. Ello quiere decir que han preservado su formato, pero la dinámica que se experimenta al interior de las mismas es totalmente diferente a su sentido originario. En este sentido remarca que, cuando se constituye una asamblea, la participación polí-

⁶ Para la época, la remuneración que daba el partido socialista alemán a sus funcionarios era algo inédito.

tica de sus miembros no se da en función de la deliberación política o del intercambio de ideas. Más bien lo que se impone es el principio de la demagogia, no entendido peyorativamente sino como el modo privilegiado que ha asumido la práctica política. El convencimiento se imponía por sobre lo «razonable».

- 3) *Factores relativos a las prácticas políticas.* Se trata del aprendizaje del arte de la oratoria por parte de los líderes al igual que de las pautas reglamentarias. En efecto, el campo de batalla política, al interior del partido, estaba dado por los estatutos partidarios y, obviamente, el que tenía pleno conocimiento de estas normas ostentaba ventaja sobre los afiliados o adherentes al partido.

Como se observa, la tendencia a la oligarquía que experimentan las organizaciones de masas se encuentra muy presente. Sin embargo, Michels abre la posibilidad para que esta tendencia asuma diferentes modalidades. Ello se encuentra expresado en el factor político que explica la tendencia oligárquica. De todas maneras, no hay que dejar de notar que la constitución de una oligarquía trae serias implicancias para la organización, de la que, para el autor, emergían las energías del conservadurismo en el ámbito político.

De esta manera, la tendencia oligárquica ponía en tela de juicio los principios identitarios de las organizaciones de masas, pues revelaba un proceso de burocratización organizacional. Ello se observa en lo que Michels denomina «flexibilidad de los principios» que identificaba a las organizaciones de masas, siendo la «burocratización» uno de los procesos de mayor relevancia en la tergiversación de los rasgos identitarios de las organizaciones. Así, el partido socialista alemán no impuso el socialismo, pero muchos de estos partidos accedieron al poder político en países con capitalismo avanzado.

En este contexto es preciso señalar que tales partidos colaboraron en el diseño de lo que se denominó Estado de Bienestar⁷ o Estado Social. Se trata de un tipo particular de Estado capitalista que intervino en la esfera del mercado

⁷ Para Habermas, el Estado de Bienestar alude a «[...] dos clases de fenómenos; ambos remiten al estadio avanzado del proceso de acumulación: por un lado, al proceso de concentración de empresas (el nacimiento de las corporaciones nacionales y también multinacionales) y la organización de los mercados de bienes, de capitales y de trabajo; por el otro, al hecho de que el Estado interviene en las crecientes fallas de funcionamiento del mercado de trabajo» (HABERMAS 1989: 49). Ello, en términos económicos, ha implicado el fin del capitalismo liberal.

con el objeto de evitar crecientes fallas en su funcionamiento. Esta injerencia del Estado en la economía tuvo como consecuencia una situación de «pleno empleo» en el mercado de trabajo. Sin embargo, lo más notable consistía en el modo que asumía el principal «arreglo institucional» en la etapa de posguerra: la institucionalización del conflicto político entre los factores «capital» y «trabajo». Ciertamente existió un compromiso entre clases sociales basado en que los empresarios aceptaban la legalización de los sindicatos por parte del Estado y los sindicalistas respetaban la existencia de la propiedad privada. Ello implicó la institucionalización del principal conflicto político en el período de ingreso de las masas a la política, que para Offe constituía «[...] la más importante fórmula pacificadora de las democracias capitalistas avanzadas» (1992: 371).

En este período recordemos que se había expandido un concepto de democracia que reconoce en Rousseau su principal referente teórico. Es decir, se difundió en la sociedad la idea de la práctica de la democracia directa en un período en que las masas se incorporaron a la política. Dicha posibilidad fue descartada, en principio, por los autores más importantes de comienzos de siglo xx —Mosca, Pareto, Michels, Ostrogorsky y Weber. Así, Michels planteó que lo que se asemejó más a un ideal democrático fue la práctica del bonapartismo. En efecto, desde una perspectiva realista de la política, planteaba que este fue un régimen político que se apoyó en el credo de la soberanía popular con el objeto de marcar la desigualdad específica entre gobernantes y gobernados. Michels sustentó que:

[...] el bonapartismo es la teoría del dominio individual originado en la voluntad colectiva, pero que tiende a emanciparse de esa voluntad y volverse, a su turno, soberano. En su pasado democrático encuentra una defensa contra los peligros que pueden amenazar su presente antidemocrático. En el bonapartismo, la ley de César (como dijo un testigo de los últimos años del Segundo Imperio) se transforma en un órgano regular de la soberanía popular. Será la democracia personificada: la nación hecha hombre. Es la síntesis de dos conceptos antagónicos: la democracia y la autocracia. (MICHELS 1984: 18-19)

En relación con este tema, el autor agrega que tanto en los partidos políticos como en los gremios democráticos las «multitudes» encontraron un suelo fértil en la práctica bonapartista.

Con respecto a las organizaciones partidarias, se trata de partidos ciertamente modernos que llevaban como marca distintiva el haber surgido en la

sociedad civil y, consecuentemente, por afuera del Parlamento. A diferencia de los partidos de notables, cuyo origen era intraparlamentario, las organizaciones de masas tenían un programa político, el que hundía sus raíces en los principios identitarios de la organización y que, al mismo tiempo, marcaba su dinámica política. En términos organizativos, la socialdemocracia alemana presentaba una estructura piramidal en cuya base se encontraban los simpatizantes, continuaba con los afiliados, luego la capa burocrática y, finalmente, el comité ejecutivo de la organización.

Cabe destacar que la figura de la afiliación no remitía al significado que en la actualidad se le atribuye a la misma. Por cierto, la afiliación implicaba que el miembro de la organización partidaria exprese públicamente su compromiso político con el partido y, además, que contribuya monetariamente para su financiamiento (ABAL MEDINA 2004). Al mismo tiempo lo imponente de los partidos socialistas era las cantidades de afiliados que presentaban, cifras que vistas en perspectiva son, realmente, envidiables. Pero también eran necesarias para un tipo de organización que contenía rasgos militares y jerárquicos y que tenía como propósito no solo acceder al gobierno sino, más bien, modificar la sociedad desde sus cimientos, hacer la revolución por la vía democrática.⁸ Las tareas de los afiliados tenían un carácter diverso, y consistían en mantener el funcionamiento de los locales partidarios en los que se juntaban con el objeto de discutir sobre la orientación partidaria pues, además y principalmente, era el ámbito en el que se elegían a los delegados y representantes. En la movilización de esta monumental estructura organizacional, los afiliados no solo debían participar de la vida partidaria sino que se comprometían a cumplir diversas tareas que tenían como propósito la inserción del partido en la sociedad.⁹

Ahora bien, en el vínculo entre partidos socialistas y organizaciones gremiales se pueden consignar diferentes niveles de interacción. En primer lugar, la

⁸ Cabe reseñar que esta fue la táctica más difundida del socialismo desde el período de la II Internacional Socialista (1889-1917). Si bien Marx había muerto, la influencia de Bernstein y Engels fue notable en la estrategia política de las diferentes corrientes del socialismo. En este sentido, la posición de Bernstein se impuso; incluso, ya en 1895, Engels escribía en el prefacio al libro de Marx *La lucha de clases en Francia* (1973 [1850]) que la burguesía le había dado al proletariado el instrumento poderoso: el sufragio universal. Así, Engels indicó que la estrategia política de la socialdemocracia debía consistir en la participación electoral y sugería que se deje lado el enfrentamiento directo con el Estado.

⁹ Entre las cuestiones más relevantes se pueden consignar: *i*) trabajar de forma permanente y constante en la apertura de los locales partidarios; *ii*) garantizar el funcionamiento de la imprenta; y, sobre todo, *iii*) difundir el programa partidario en el seno mismo de la sociedad civil.

necesidad de lograr innumerables adhesiones, principalmente, la de los miembros de los gremios con el objeto de llegar al socialismo. En segundo lugar, la dimensión relativa al financiamiento. Ello es fundamental pues, si bien existían contribuciones personales, el financiamiento por parte de los agrupamientos sindicales era el más relevante. En tercer lugar, según Eley (2003), las afinidades políticas entre partidos socialistas y agrupamientos sindicales podían medirse, en buena medida, por el grado de cercanía en la colaboración que habían prestado las organizaciones partidarias en la constitución de los dichos agrupamientos sindicales.¹⁰

Estas afinidades políticas entre partidos y agrupamientos sindicales permitieron que dirigentes de extracción sindical influyeran en la estrategia de construcción política de la organización partidaria, que se participe del gobierno en el caso en que el partido gane las elecciones y que los dirigentes de extracción sindical ocupen cargos gubernamentales. Claro está que los vínculos entre organización partidaria y agrupamiento sindical eran complejos, destacándose la cercanía de su lazo y las afinidades políticas en sus principios identitarios.

3. LA TRANSFORMACIÓN DE LA DEMOCRACIA Y LA MODIFICACIÓN DEL VÍNCULO ENTRE PARTIDOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Factores de diversa naturaleza han operado en el vínculo entre partidos y movimientos sociales, lo que modifica el modo en que se concibe la política así como las formas prácticas que esta asume en las organizaciones partidarias, los agrupamientos sindicales y que, colateralmente, posibilitaron la emergencia de «nuevos movimientos sociales».

A fines de la década de 1970, en las sociedades capitalistas avanzadas se detectaron transformaciones que pusieron en tela de juicio la estructura política de la sociedad. Así, en el plano del Estado existieron problemas relativos al crecimiento económico —inflación, crisis fiscal, desempleo, entre otros— y,

¹⁰ Según Eley, en la constitución de federaciones sindicales nacionales fueron importantes los partidos socialistas. Así, en España, el Partido Socialista se fundó en 1879 y en 1888 se creó la Unión General de Trabajadores de España. De forma similar ocurrió en Alemania con el partido socialista alemán fundado en 1875 que creó en 1891 la Comisión General de Sindicatos libres; en Italia, donde el Partido Socialista creado en 1892 formó la Confederación General de Trabajadores de Italia; en Suecia, el Partido Socialista se constituyó en 1889 y formó en 1898 la Confederación Sindical, etc. En este esquema, como se sabe, la excepción es Gran Bretaña, que formó en 1868 el Congreso de los Sindicatos y luego el Partido Laborista en 1900.

al mismo tiempo, se registraron modificaciones en el funcionamiento y regulación del mercado de trabajo. En este sentido, se consolidó una tendencia que marcó el crecimiento del «sector servicios» en detrimento del sector secundario e industrial de la mano de obra (OFFE 1992). De todas maneras, el punto más destacado se relacionó con el desplazamiento del Estado en el orden político. En efecto, la centralidad que había ganado entonces ahora se perdió, y, los requerimientos de competitividad que exigía la nueva globalización económica fueron cumplidos por la esfera del mercado.

En la dimensión de la representación política también se registraron transformaciones de envergadura. Bernard Manin (1998), en una obra ya clásica, planteó que en la década del setenta del siglo XX asistimos a una «metamorfosis de la representación política», la que no puede equipararse a una crisis sino, más bien, a una transformación de largo plazo que remite al modo en que se constituyen las identidades políticas. Para Manin, lo que se modificó fue el sentido que asumieron las dimensiones que definían la representación política: las elecciones, la autonomía de los representantes, la libertad de la opinión pública y la deliberación.

Entre estas tendencias se destaca la volatilidad del voto, la heterogeneidad en la oferta electoral, entre otras, las que dieron cuenta de un nuevo contexto político y cuyo rasgo principal se evidenció en la creciente autonomía por parte del representante respecto del representado.¹¹ Pero ello no es todo. En realidad, lo que detectó Manin fue que los líderes no solo ganaron autonomía, sino más bien construyeron las identidades políticas desde su actuación en los medios audiovisuales de comunicación. Esta novedad inclina el fiel de la balanza de la representación sobre una institución desde arriba por medio del liderazgo en detrimento de la canalización de intereses, demandas y expectativas que se localizan en la sociedad (POUSADELA 2006). Estos cambios en la representación política terminaron configurando lo que Manin denomina una verdadera «democracia de audiencia», en la que el comportamiento ciudadano se organiza en torno a impulsos y reacciones frente a líderes políticos cuyas imágenes aparecen en los medios audiovisuales de comunicación.

¹¹ Para Manin (1998) en el período anterior, denominado por él «democracia de partidos», la representación política tenía como principal referencia a los partidos políticos, los que a su vez, remitían a la estructura de la sociedad. Es decir, había partidos obreros que representaban a los obreros, había partidos que representaban a la clase media y había partidos conservadores que representaban a la clase alta.

4. «NUEVOS» FORMATOS PARTIDARIOS Y «NUEVOS» MOVIMIENTOS SOCIALES

La sociedad y su comportamiento político se transformaron, ocasionando así modificaciones en los principales elementos que organizan el régimen político. Ello se dio concretamente en las organizaciones partidarias y, al mismo tiempo, generó nuevas expresiones de protesta en referencia a los «nuevos movimientos sociales».

Con respecto a los partidos políticos, la primera piedra de esta tendencia, que se extiende hasta la actualidad, ha sido tirada por Kirchheimer¹² (1980) con la formulación del partido «atrapa todo» o «*catch-all-party*». Lo cierto es que la «lógica atrapa todo» emergió en la arena partidaria y de ahí se ha expandido y fortalecido, no pudiendo ser eludida por posteriores formatos partidarios como el «profesional-electoral» de Panebianco (1990) o el «partido cartel» de Katz & Mair (2004).

Ciertamente, con el partido «atrapa todo» se evidenció una serie de tendencias de las que no podrán escapar los posteriores formatos partidarios. En primer lugar, la organización partidaria asumiría la forma de agencia electoral. Este no es un rasgo novedoso ya que los partidos de masas eran agencias electorales pero, al mismo tiempo —y fundamentalmente— cumplían otras funciones, como la de la integración de los individuos en la sociedad o la de formar y seleccionar el personal político que llamaría cuando se acceda al poder. Desde la teorización de Kirchheimer, el modelo de «agencia electoral» regirá la orientación y el formato de los partidos políticos, constituyéndose en su componente exclusivo. En segundo lugar, se observaría que la tendencia hacia la desconexión con la sociedad civil permeaba el vínculo de la organización partidaria con las corporaciones y, también, orientaba la búsqueda de financiamiento en la órbita estatal.¹³

¹² En 1966 se edita *El camino hacia el partido de todo el mundo* de Kirchheimer.

¹³ Para una lectura crítica de los partidos como agencias electorales en América Latina puede consultarse Teach (1993). En términos generales se plantea que estos formatos partidarios surgen en un contexto de crisis económicas y quiebra de los Estados de compromiso. En dicho contexto, el partido «atrapa-todo» es la expresión de una crisis política, ocasionando mayores problemas de representación que los acostumbrados en las sociedades capitalistas avanzadas.

Este primer formato partidario fue el que comenzó a coexistir con el clásico partido de masas. Ahora bien, ¿qué rasgo distintivo presentaba el partido «atrapa todo»? En primer lugar, Kirchheimer —a diferencia de Duverger— señala que el partido de masas constituye una etapa del desarrollo de las organizaciones políticas. En segundo lugar, a diferencia del partido de masas que tenía una base clasista, el partido «atrapa todo»¹⁴ tiene el propósito de apuntar al conjunto de la población y no a una parte de ella. Lo más relevante de esta transformación radica en que este tipo de partido no se referencia ni se identifica, así como tampoco representa ningún sector de la sociedad en particular. Políticamente, su rasgo distintivo radicaba en el «llamamiento casi ilimitado a toda población». Este «llamamiento» a toda la población tiene consecuencias con el vínculo que había construido el partido de masas con los agrupamientos sindicales. En Kirchheimer esto aparece tematizado bajo la forma de grupos de interés y señala que el tipo de integración de las organizaciones sindicales y de los electores tenía un carácter *limitado*. Ahora, estas organizaciones han ganado independencia, «[...] en lugar de una estrategia común para un fin común existe ahora una evaluación de servicios limitados que pueden ser prestados cuando siguen siendo provechosos para ambas partes» (KIRCHHEIMER 1980: 340).

Sin embargo, Kirchheimer nunca imaginó ni supuso que el intento de captar electoralmente diversas capas de la población podría tener la dimensión que posee en la actualidad. Indudablemente, para este autor existían limitantes decisivos que se vinculaban con la cultura política y con los principios identitarios de los partidos políticos más importantes de Europa, por ejemplo, la democracia cristiana italiana presentaba como problema apelar con éxito a los sectores anticlericales de la sociedad italiana.

Aunque el partido no puede esperar alcanzar todas las capas electorales, sí puede esperar racionalmente conseguir más votos en todas aquellas cuyos intereses no entren en una colisión tan fuerte que todo intento de ganárselas esté al mismo tiempo condenado de antemano al fracaso, o encierre el peligro de su autodestrucción. (KIRCHHEIMER 1980: 332)

El partido «profesional electoral» del que nos habla Panebianco constituye una versión amplia del partido «atrapa todo». Para este autor se produjeron dos modificaciones políticas que impactaron en la organización partidaria: la

¹⁴ Para el autor, los ejemplos clásicos de «partidos de todo el mundo» se encuentran en Estados Unidos y Gran Bretaña.

emergencia de especialistas en comunicación política y la utilización de encuestas de opinión pública tanto para la selección de candidatos como para la elaboración del programa político de los líderes. Ciertamente, ello ha modificado de forma definitiva las características que tenía el partido de masas. Así, la capa burocrática, cuyo papel principal era difundir el programa partidario e intentar vincular al líder con sus seguidores, ha sido reemplazada por la presencia de expertos en comunicación política, los que elaboran el programa político de acuerdo con las orientaciones ciudadanas gracias a la difusión de diversos instrumentos de medición de la opinión pública. Con estas nuevas organizaciones, la relación estrecha entre partido y movimiento asume mayor distancia, desanudándose y, asimismo, revelando la artificialidad del vínculo. En este sentido, el principal escollo para construir este vínculo se debe a que el partido no tiene un «clivaje social» al cual representar, estando supeditado a la permanente construcción de las identidades políticas por parte del accionar político de los líderes. En cierto sentido se trata de organizaciones políticas más débiles, menos institucionalizadas, que incluso con cualquier crisis política pueden ser arrasadas.

Estas tendencias políticas se hallan aún más definidas en el «partido cartel», un tipo de organización que se autonomiza completamente de la sociedad civil, que privilegia su vínculo con el Estado para su financiamiento y establece relaciones de cooperación con los restantes partidos con representación parlamentaria para perpetuarse en el poder político.¹⁵ Estas tendencias, vistas en su conjunto, merecen, para Katz & Mair, que el concepto de democracia sea re-significado si resulta ser cierto que en el período anterior la democracia ha significado un modo particular en que la sociedad civil controlaba a la sociedad política a partir de la petición de sus reclamos. En este sentido, para Katz & Mair la dimensión normativa de la democracia y de la representación debiera ser revisada. ¿Qué representan este tipo de partidos? ¿A quiénes representan? ¿Cuál es su papel en los regímenes democráticos actuales? El partido «cartel» no pretende representar intereses ni ser correa de transmisión de los elementos presentes en la sociedad civil, más bien, su principal ámbito de acción es la esfera estatal.

¹⁵ Las características distintivas de este formato partidario son: *i*) los objetivos de sus políticas: acotadas y limitadas, no buscan cambiar la sociedad, sino que el político continúe en el cargo; *ii*) patrón de competencia partidaria: existe un interés mutuo entre los competidores de evitar el surgimiento de nuevas organizaciones partidarias; *iii*) fuente de financiamiento: pasa a ser el Estado, ya no es más la sociedad civil o el agrupamiento sindical; y, *iv*) pertenencia partidaria: la diferencia entre miembros y no-miembros de la organización se desdibuja.

Las transformaciones acaecidas en los formatos de las organizaciones partidarias y en el comportamiento político de la sociedad explican la aparición de otras formas de la acción política bajo la modalidad de la acción colectiva. Así, se constituyeron nuevos movimientos sociales —pacifismo, ecologismo, feminismo, el movimiento gay, entre otros—, que surgieron a fines de la década de 1960 y comienzos de la siguiente y que mostraron diferencias notables con las organizaciones que representaban los intereses del mundo del trabajo.¹⁶

En sus inicios, estos movimientos estaban integrados, en su mayoría, por sectores medios de la sociedad que no se encontraban excluidos políticamente y que a pesar de ello protestaban. En dicho momento, estas características originaron que los científicos sociales se preguntasen al menos dos cuestiones: ¿quiénes son los que protestan?, y ¿por qué protestan los que protestan?¹⁷ Será Offe (1992) el que mayor esfuerzo realizó para diferenciar las lógicas de acción política de los «nuevos» movimientos sociales respecto del ya clásico movimiento obrero. En tal sentido, señaló que en los movimientos sociales se puede vislumbrar un nuevo «paradigma político», pues estos no dependen de los recursos —políticos ni de financiamiento— de los partidos políticos; también, señaló que los temas, su lógica de acción política y los códigos políticos establecidos —derecha e izquierda— dan cuenta de la emergencia de una nueva forma de hacer política que está prosperando desde el seno mismo de la sociedad civil.

Habermas no compartía el excesivo optimismo político que depositó Offe en el papel transformador de los movimientos sociales. Sin embargo, sí se acercaba a su diagnóstico acerca de la crisis del Estado de Bienestar. En dicha perspectiva, Habermas (1989) sugiere que «[...] no se trata primariamente de compensaciones que pueda ofrecer el Estado Social, sino de la defensa y restauración de las formas de vida amenazadas o de la implantación de nuevas formas de vida. En una palabra, los nuevos conflictos se desencadenan no en torno a *problemas de distribución*, sino en torno a cuestiones relativas a la *gramática de*

¹⁶ La argumentación teórica sobre la «novedad» de los movimientos sociales no es unívoca; incluso, muchas veces, ha sido deficitaria e insatisfactoria. Sí es cierto que presentan rasgos novedosos con respecto a su constitución identitaria, al modo en que se concibe la acción política, al vínculo con el Estado y los partidos políticos.

¹⁷ Nos concentraremos en la perspectiva identitaria de los movimientos sociales. No se desconoce el enfoque de la movilización de recursos cuya vertiente política encuentra a Tarrow (1997, 1999), Tilly (1990, 2000), Mac Adam, McCarthy & Zald (1999) entre sus principales referentes. Para un análisis de las diferencias entre las perspectivas identitarias y de la movilización de recursos puede consultarse Iglesias (2008).

las formas de vida» (HABERMAS 1989: 556). De acuerdo con ello, la existencia de nuevos conflictos políticos remitía a los derechos humanos, la calidad de vida, la igualdad de derechos y la autorrealización individual.

En este contexto político Habermas —a diferencia de Offe— planteó la existencia de «nuevos potenciales de protesta» entre los que se pueden distinguir identidades políticas «ofensivas» como la del movimiento feminista y «defensivas» de ámbitos comunicativos ya conquistados como los derechos laborales y que se encuentran en tela de juicio con la implementación de políticas públicas ortodoxas.

Sin embargo, no hay que dejar de notar la excesiva carga normativa en el papel político que le asigna Offe a los movimientos sociales en las democracias contemporáneas. Esto no es compartido por quien ha sido el pionero en lo que respecta a la conceptualización de los movimientos sociales. En efecto, Touraine (1995) plantea que un movimiento social se define por tres principios: *i*) constitución identitaria que se corresponde con la construcción de un «nosotros»; *ii*) la identificación de un oponente; y *iii*) forjar un proyecto o principio de totalidad. Cabe destacar, por un lado, que estos tres principios actúan articuladamente, y, por otro lado, que es frecuente encontrar en la acción colectiva de identidades políticas la presencia del primer y segundo principio y no el tercero. En efecto, la constitución de un movimiento social debe ser equiparada, conceptualmente, al término «clase social». A raíz de ello, para Touraine existen diferentes niveles de acción colectiva: el de la organización social, el institucional y el de la historicidad. Esta es propia de la acción de movimientos sociales en un campo específico de acción histórica.

Operada la desarticulación histórica entre organizaciones partidarias y agrupamientos sindicales, y consolidados los movimientos sociales en las democracias del capitalismo avanzado, hay que destacar un importante desplazamiento. En este sentido, la acción política de los movimientos sociales no se da en el terreno institucional sino, más bien, por afuera de las instituciones. Ello, si bien es cierto que fue señalado por los teóricos de los movimientos sociales, ha sido desarrollado extensamente por Cohen & Arato (2000), quienes elaboran una teorización sistemática sobre la «sociedad civil». Para estos autores la sociedad puede ser explicada a partir de diferentes esferas de

interacción social.¹⁸ Así, la esfera gubernamental, la sociedad civil y la sociedad económica son las más relevantes, y presentan rasgos distintivos en sus formas de acción política. De esta manera, para Cohen & Arato, en la sociedad política y en la sociedad económica los actores participan de forma directa en el poder del Estado y en el de la producción económica, «[...] a los cuales procuran controlar y manejar» (COHEN & ARATO 2000: 9). Sin embargo, los diversos elementos que integran la sociedad civil no están relacionados con la conquista del poder sino, más bien, «[...] con la generación de influencia mediante la actividad de las asociaciones democráticas y la discusión no restringida en la esfera pública cultural. Tal papel político es inevitablemente difuso e ineficaz» (COHEN & ARATO 2000: 9).

De esta perspectiva se desprenden algunas implicancias teóricas. En primer lugar, existe una preocupación por responder uno de los principales interrogantes en las sociedades democráticas del siglo XX: ¿cuál es el terreno de la política?, y, en particular, ¿desde qué ámbito —sociedad política, civil o económica— se puede lograr la difusión del principio de igualdad en este tipo de sociedades? Obviamente, para Cohen & Arato la esfera de la sociedad civil es el principal ámbito de la acción política en las democracias actuales. Ello es en parte considerado de esta manera ya que asumen como cierto el diagnóstico de Habermas acerca de la crisis del Estado de Bienestar. Así, para Habermas, en

[...] las sociedades avanzadas de Occidente se han desarrollado durante los dos últimos decenios conflictos que en muchos aspectos se desvían de los patrones que caracterizan al conflicto en torno a la distribución, institucionalizados por el Estado social. Ya no se desencadenan en los ámbitos de la reproducción material, ya no quedan canalizados a través de partidos y asociaciones y tampoco pueden apaciguarse en forma de recompensas conformes al sistema. Los nuevos conflictos surgen más bien en los ámbitos de la reproducción cultural, la integración social y la socialización; se dirimen en forma de protestas sub-institucionales y, en todo caso, extraparlamentarias; y en los déficit subyacentes a esos conflictos se refleja una cosificación de los ámbitos de acción estructurados comunicativamente a la que ya no se puede hacer frente a través de los medios dinero y poder. (HABERMAS 1989: 555-556)

De este diagnóstico se desprende, como lo vimos antes, un nuevo patrón de acción política que, para Habermas, se dirige a los derechos humanos, la calidad de vida, la participación política, la igualdad de derechos y la autorrealización

¹⁸ «Entendemos a la sociedad civil como una esfera de interacción social entre la economía y el Estado, compuesta ante todo de la esfera íntima (en especial la familia), la esfera de las asociaciones (en especial las asociaciones voluntarias), los movimientos sociales y las formas de comunicación pública» (COHEN & ARATO 2000: 8).

individual. Estos conflictos han sido producto de lo que este autor denomina «colonización del mundo de la vida», un fenómeno político, sistemático, donde el accionar del Estado, a través del poder administrativo, terminó transformando al «ciudadano» en un «cliente» que paga impuestos en el ámbito político y en un «consumidor» en la esfera privada.

No obstante, este proceso político marca un problema relevante: si el Estado no pudo superar los problemas relativos a la desigualdad —económica, cultural y social— en las sociedades democráticas ¿qué recurso político sería capaz de saldar estos déficit? Para Habermas, será el recurso de la «solidaridad» con el mecanismo del «entendimiento» el que se encuentra en condiciones de enmendar en parte estos problemas. La acción política desinteresada —en términos partidarios— de la ciudadanía en la esfera pública es lo que posee mayor pertinencia para Habermas y Cohen & Arato. Ahora bien, se trata de un poder que se maneja mediante la «influencia» y no bajo la lógica del control directo, tal como operaban el poder administrativo y el dinero. Esta característica «difusa» del poder debe dirigirse hacia el Estado para que los gobernantes le den forma de ley con el objeto de que sea obligatorio para toda la sociedad. En este esquema de análisis, los movimientos sociales cumplen un papel fundamental pues constituyen el costado ligero del cambio político.

Como se observa, las perspectivas que han teorizado sobre los movimientos sociales y el papel de la sociedad civil en las sociedades del siglo XX han hecho contribuciones interesantes en lo que respecta a la transformación del vínculo entre partidos políticos, agrupamientos sindicales y movimientos sociales. En este sentido, los movimientos sociales no exigen ni pueden «representar» a la ciudadanía; más bien, plantean el problema de autonomía tanto de los partidos políticos como de la esfera estatal. Este planteamiento tiene un fundamento histórico ya que el Estado y los partidos políticos se han vuelto organizaciones autorreferenciales que terminaron privilegiando la continuidad de sus principales dirigentes políticos en el ejercicio del poder. Evidentemente, la tendencia a la burocratización ha sido tan necesaria como implacable. La dimensión del poder ha tergiversado los principios identitarios de las organizaciones políticas. Así, visto desde esta perspectiva, fueron entendibles los temores de los movimientos sociales a integrarse, institucionalmente, a los regímenes políticos.

De todas maneras, habría que equilibrar y actualizar esta preocupación teórica que se inscribe históricamente en los años previos a la crisis de los Estados de Bienestar en Europa. El estudio de experiencias políticas concretas muestra que para los movimientos sociales no resulta menos riesgoso su contacto con el Estado que con partidos políticos que accedieron al gobierno y cuyo estilo político se organiza en torno a la construcción de enemigos.¹⁹ Los autores que inscriben su perspectiva en la teoría de los movimientos sociales suelen plantear que el contacto entre esfera gubernamental o Estado y movimientos sociales fomenta procesos de burocratización, cooptación o colonización política, provocando así una tergiversación de los principios identitarios que los originaron.

En perspectiva histórica, cabe destacar que tanto el Estado como los movimientos sociales, en diferentes etapas, han colaborado con los procesos de integración social. Así, las iniciativas estatales generaron integración social y los movimientos sociales, mediante la protesta o implementación de programas gubernamentales, pueden también generar procesos e instancias y similares, aunque en menor escala. Es nuestro parecer que el mayor peligro radica, entonces, no en los puntos de contacto que los movimientos pueden tener con el Estado, sino, más bien, en la vinculación con partidos en el gobierno cuyo líder plantee la política bajo la lógica de la enemistad. La defensa a ultranza de un gobierno por parte de los movimientos sociales cuya forma de hacer política consiste en la construcción de enemigos conlleva el riesgo de poner en tela de juicio su identidad política. Esto puede darse cuando el partido en el gobierno se encuentra en una cruzada política con determinados actores políticos y/o corporaciones, y, si el movimiento social no tiene fortaleza, quedaría, sin dudas, expuesto en la batalla política instalada por el partido en el gobierno.

Entendemos que este es un problema relevante respecto del vínculo entre partidos políticos y movimientos sociales, ya sean agrupamientos sindicales u organizaciones que inscriben su accionar en movimientos sociales. Desanudado el vínculo entre partidos de masas y organizaciones sindicales de masas, queda pendiente la respuesta acerca de cuál es el terreno y el modo en que las sociedades democráticas pueden ser más igualitarias.

¹⁹ Para un análisis comparado entre Argentina y Brasil puede consultarse Iglesias & Di Filippo (2011).

CONCLUSIONES

El siglo xx da cuenta del grado de afinidad, tensión y versatilidad que asumieron las vinculaciones entre partidos políticos y movimientos sociales en sus distintos ámbitos. A pesar de esta complejidad, es posible estilizar dos tipos de vínculos a lo largo del período. Así, durante la democracia de masas se observó una relación organizada en torno a afinidades políticas y culturales que encontraba en el proyecto político de construir una sociedad igualitaria su principal punto de apoyo. Se trataba de organizaciones de masas, ya sean partidos u organizaciones sindicales, las que tenían como propósito —al menos en términos identitarios— no solo acceder al poder político sino cambiar la sociedad desde sus cimientos. Este esquema de funcionamiento político fue el más duradero a lo largo del siglo xx y, también, el más exitoso.

Posteriormente, las condiciones políticas cambiaron y este tipo de vínculo se vio modificado. La mutación que experimentó el comportamiento político de la sociedad y los nuevos arreglos institucionales impactaron en los formatos partidarios dando lugar a la consolidación de «nuevos movimientos sociales». Este contexto político se caracteriza por la existencia de organizaciones partidarias ya desligadas de la sociedad civil y básicamente autorreferenciales. Con ello la aparición de movimientos sociales, novedosos respecto del modo en que se organizaba el movimiento obrero, iluminó un terreno de acción política que había sido descuidado en el período de la democracia de masas, la arena no institucional y la esfera pública. En efecto, la acción política cambió de sentido; ahora las fuerzas políticas, principalmente los movimientos, se orientan por la lógica de la influencia, la que se constituye políticamente en la esfera pública y que espera que las iniciativas estatales la promulguen y efectivicen teniendo carácter obligatorio para toda la sociedad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABAL MEDINA, Juan (h)

2004 *La muerte y resurrección de la representación política*. Buenos Aires: FCE.

COHEN, Jean & Andrew ARATO

2000 *Sociedad civil y teoría política*. México D. F.: FCE.

ELEY, Geof

2003 *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa (1850-2000)*. Barcelona: Crítica.

HABERMAS, Jürgen

1989 *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires: Taurus.

IGLESIAS, Esteban

2008 «Política y protesta. Visiones comparadas de la acción colectiva». En: FERNÁNDEZ, Arturo & Cecilia LESGART (comps.). *La democracia en América Latina. Partidos políticos y movimientos sociales*. Rosario: Homo Sapiens.

2011 «Los movimientos sociales bajo el gobierno de Lula Da Silva: entre la construcción del proyecto político y la institucionalización del diálogo político». *Revista SAAP*, 5(1): 131-156. Buenos Aires. Disponible en: <<http://www.scielo.org.ar/pdf/rsaap/v5n1/v5n1a05.pdf>> (última consulta: 9/10/12).

IGLESIAS, Esteban & Marilé DI FILIPPO

2011 «Los Sin Tierra y los Sin Trabajo en Brasil y Argentina durante los gobiernos de Lula Da Silva y de Néstor Kirchner. Un análisis de los procesos de institucionalización de los movimientos sociales». *Revista Espacio Abierto*, 20(3): 441-464. Zulia.

KATZ, Richard & Peter MAIR

2004 «El partido cartel: la transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos». *Zona Abierta*, 108-109: 9-42. Madrid.

KIRCHHEIMER, Otto

1980 «El camino hacia el partido de todo el mundo». En: LENK, Kurt & Franz NEUMANN (eds.). *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*. Barcelona: Anagrama.

MANIN, Bernard

1998 *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.

MCADAM, Doug; Jhon MCCARTHY & Mayer ZALD

1999 *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Istmo.

MARX, Carlos

1973 [1850] *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires: Claridad.

MICHELS, Robert

1984 *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.

MOSCA, Gaetano

2004 *La clase política*. México D. F.: FCE.

OFFE, Claus

1992 *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*. Madrid: Alianza.

OSTROGORSKY, Moisés

1922 *Democracy and the organization of political parties*. Nueva York: Mc Millan & Co.

PANEBIANCO, Angelo

1990 *Modelos de partido*. Madrid: Alianza.

PARETO, Vilfredo

1987 *Los sistemas socialistas*. Madrid: Alianza.

PORTANTIERO, Juan Carlos

1983 *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Grijalbo.

POUSADELA, Inés

2004 «Los partidos han muerto. ¡Larga vida a los partidos!». En: CHERESKY, Isidoro & Jean-Michel BLANQUER (comps.). *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Rosario: Homo Sapiens.

2006 *Que se vayan todos. Enigmas de la representación política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

TARRÉS, María Luisa

1992 «Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva». *Revista Estudios Sociológicos* 10(30): 735-757. México D.F.

TARROW, Sidney

1997 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

1999 «Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales». En: MCADAM, Doug; John MCCARTHY & Mayer ZALD (comps.). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Istmo.

TCACH, César

1993 «En torno al *Catch All Party* latinoamericano». En: GARRETON, Manuel (comp.). *Los partidos y la transformación política en América Latina*. Santiago: FLACSO. Disponible en: <<http://cronopio.flacso.cl/fondo/pub/publicos/1993/libro/000576.pdf>> (última consulta: 22/3/12).

TILLY, Charles

1990 «Modelos y realidades de la acción colectiva popular». *Zona Abierta*, 54/55: 167-195. Madrid.

2000 «Acción colectiva». *Apuntes de investigación* 4(6): 9-32. Buenos Aires. Disponible en: <<http://es.scribd.com/doc/59967244/Tilly-Charles-Accion-colectiva>> (última consulta: 9/11/12).

TOURAINÉ, Alain

1995 *La producción de la sociedad*. México D. F.: UNAM.

VON BEYME, Klaus

1986 *Los partidos políticos en las democracias occidentales*. Madrid: Siglo XXI.

WEBER, Max

1992 *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México D. F.: FCE.

YANNUZZI, María de los Ángeles

2001 «Las aporías de la democracia. Robert Michels y su crítica a la socialdemocracia alemana». *Revista Temas y debates*, 4(5). Rosario.

2004 «El mito democrático. Un análisis de los componentes no-rationales de la conducta política». *Revista Temas y Debates*, 8(8). Rosario.

2007 Democracia y sociedad de masas. *La transformación del pensamiento político moderno*. Rosario: Homo Sapiens.

[Sobre el autor]

ESTEBAN IGLESIAS

Argentino. Desde 1999 es docente de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Actualmente es profesor adjunto de la asignatura Sociología Política del ciclo superior de la carrera. Es Magíster en Ciencia Política de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y es Doctor en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario. En la actualidad se desempeña como Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina. Tiene publicaciones nacionales e internacionales.
